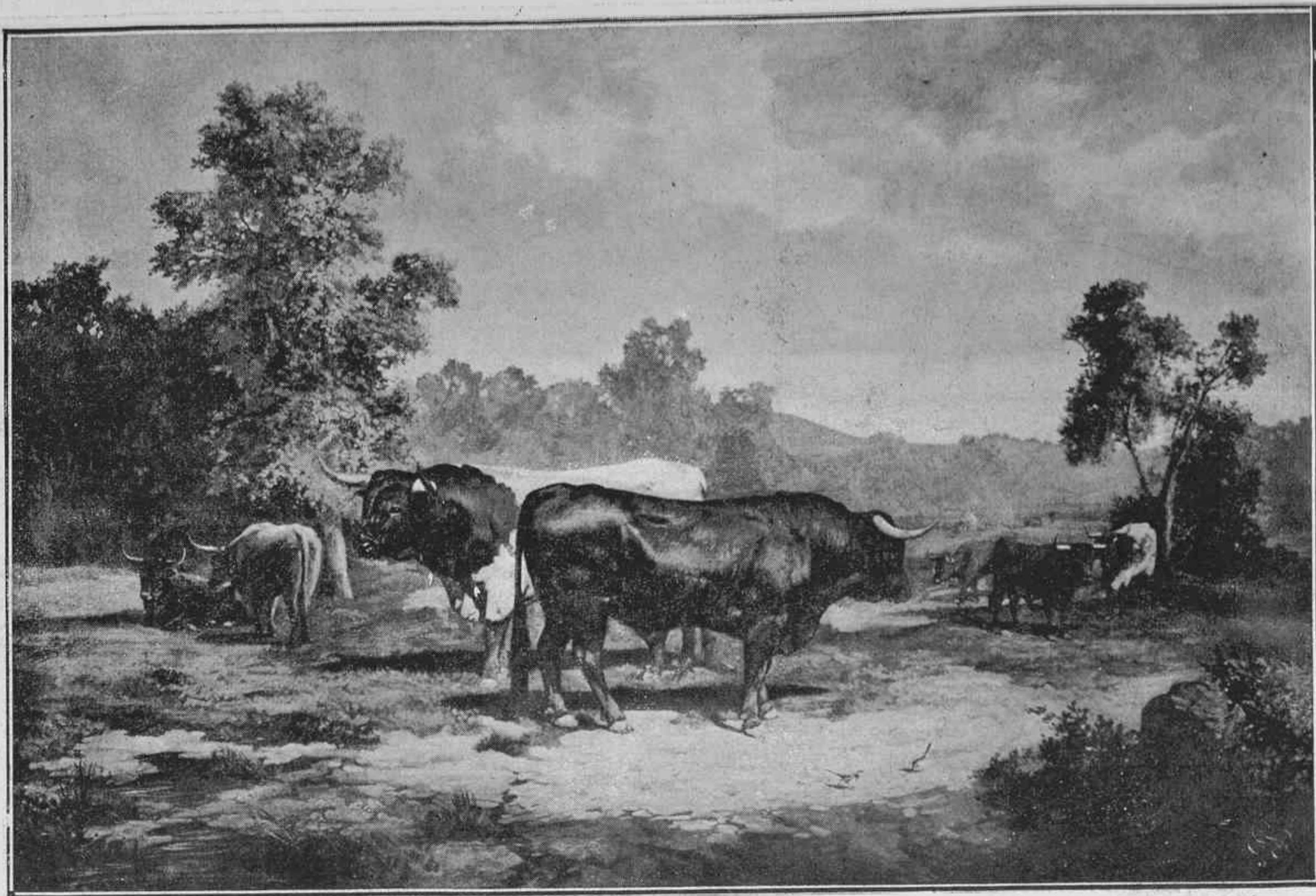




PLUMA Y LAPIZ

Número 135

TOMANDO VARAS, CUA-
DRO DE HORACIO LENGÓ



UNA DEHESA

Como no es nuestro propósito hacer una disquisición sobre el estado actual de las fiestas taurinas y si sólo el de ofrecer á nuestros lectores un número en que vayan contenidas algunas curiosidades referentes á nuestro «Espectáculo más nacional», publicamos á continuación la siguiente CARTA HISTÓRICA que por encargo del príncipe de Pignatelly, escribió don Nicolás Fernández de Moratín, el año 1776. Dice así:

CARTA HISTÓRICA

Sobre el origen y progresión de las fiestas de toros en España

EXMO. SR. PRÍNCIPE DE PIGNATELLY.

EL asunto sobre que V. E. se ha dignado mandarme escribir, ha sido siempre tan olvidado como otras cosas de nuestra España; por lo que faltándome Autores que me den luz, diré las pocas noticias que casualmente he leído, y algunas que de las conversaciones se me han quedado en la memoria.

Las Fiestas de Toros conforme las executan los Españoles, no trahen su origen, como algunos piensan, de los Romanos, á no ser que sea un origen muy remoto, desfigurado, y con violencia; por-



RAFAEL GUERRA, *Guerrita*

que las fiestas de aquella Nación en sus Circos y Amphiteatros, aun quando entraban Toros en ellas, y éstos eran lidiados por los hombres, eran con circunstancias tan diferentes, que si en su vista se quiere insistir en que ellas dieron origen á nuestras fiestas de toros, se podrá también afirmar que todas las acciones humanas deben su origen á los antiguos y no al discurso, á la casualidad, ó á la misma Naturaleza.

Buen exemplo tenemos de esto en los indios del Orinoco, que sin noticia de los Espectáculos de Roma, ni aun de las Fiestas de España, burulan á los Caymanes ferocísi-



MACHAQUITO

mos, con no menor destreza que nuestros Capeadores á los Toros: y el burlar y sujetar á las Fieras de sus respectivos países, ha sido siempre ejercicios de las Naciones, que tienen valor naturalmente, aun antes de ser esto aumentado con artificio.

Pero pasando de los discursos á la Historia, es opinión común en la nuestra, que el famoso Rui, ó Ro-

drigo Díaz de Vibar, llamado el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los Toros á caballo. Esto debió de ser por bizarria particular de aquel Héroe; pues en su tiempo sabemos que Alfonso el VI, otros dicen el VIII, en el siglo IX tuvo unas Fiestas públicas que se reducían á soltar en una Plaza dos Cerdos, y luego salían dos hombres ciegos, ó acaso con los ojos vendados, y cada qual con un palo en la mano buscaba como podía al Cerdo, y si le daba con el palo era suyo, como ahora al correr el Gallo, siendo la diversión de este regocijo el que, como ninguno veía, se solían apalearse bien.



BOMBITA CHICO

No obstante esto, el Licenciado Francisco de Cepeda, en su *Resumpta Historial de España*, llegando al 1.100, dice: «Se halla en memorias antiguas que (este año) se corrieron en Fiestas públicas Toros, espectáculo sólo de España, etc., etc.»

También se halla en nuestras Crónicas, que el año 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con Doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones hubo también Fiesta de Toros.

Entonces se cree que empezaron á componer las Plazas, y se fabricó la antigua de Madrid, y



FLORES

se hizo grangería de este trato, habiendo Arrendatarios para ello, que sin duda serían Judíos. Y esto lo acredita aquel cuento, aunque vulgar, del Marqués de Villena, y de aquel Estudiante de Salamanca, de quien fingen que llevó á su dama en una nube á ver la fiesta



ALGABEÑO



CONEJITO



GORDITO



CAMISERO



CARRILLO

de Toros, y se la cayó el chapín, etc., etc. Y lo cierto es, que quando este monarca Don Juan se casó con Doña María de Aragón en 20 de Octubre de 1418, tuvieron en Medina del Campo muchas Fiestas de Toros.

Prosiguió esta gallardía en tiempo de los Reyes Cathólicos, y estaba tan arraigada entonces, que la misma Reyna Doña Isabel, no obstante no gustar de ella, no se atrevía á prohibirla, como lo dice en una Carta, que escribió desde Aragón á su Confesor Fray Hernando de Talavera, año de 1493, así: «De los



CORRIDA DE TOROS EN LA PLAZA DE UN PUEBLO

» toros sentí lo que Vos decís, aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda determinación
 » de nunca más verlos en mi vida, ni ser en que se corran; y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos),
 » porque esto no era para mí á solas. »

En efecto, llegó á autorizarse tanto, que el mismo Emperador Carlos V, aun con haver nacido y
 criádose fuera, mató un toro de una lanzada en la Plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de



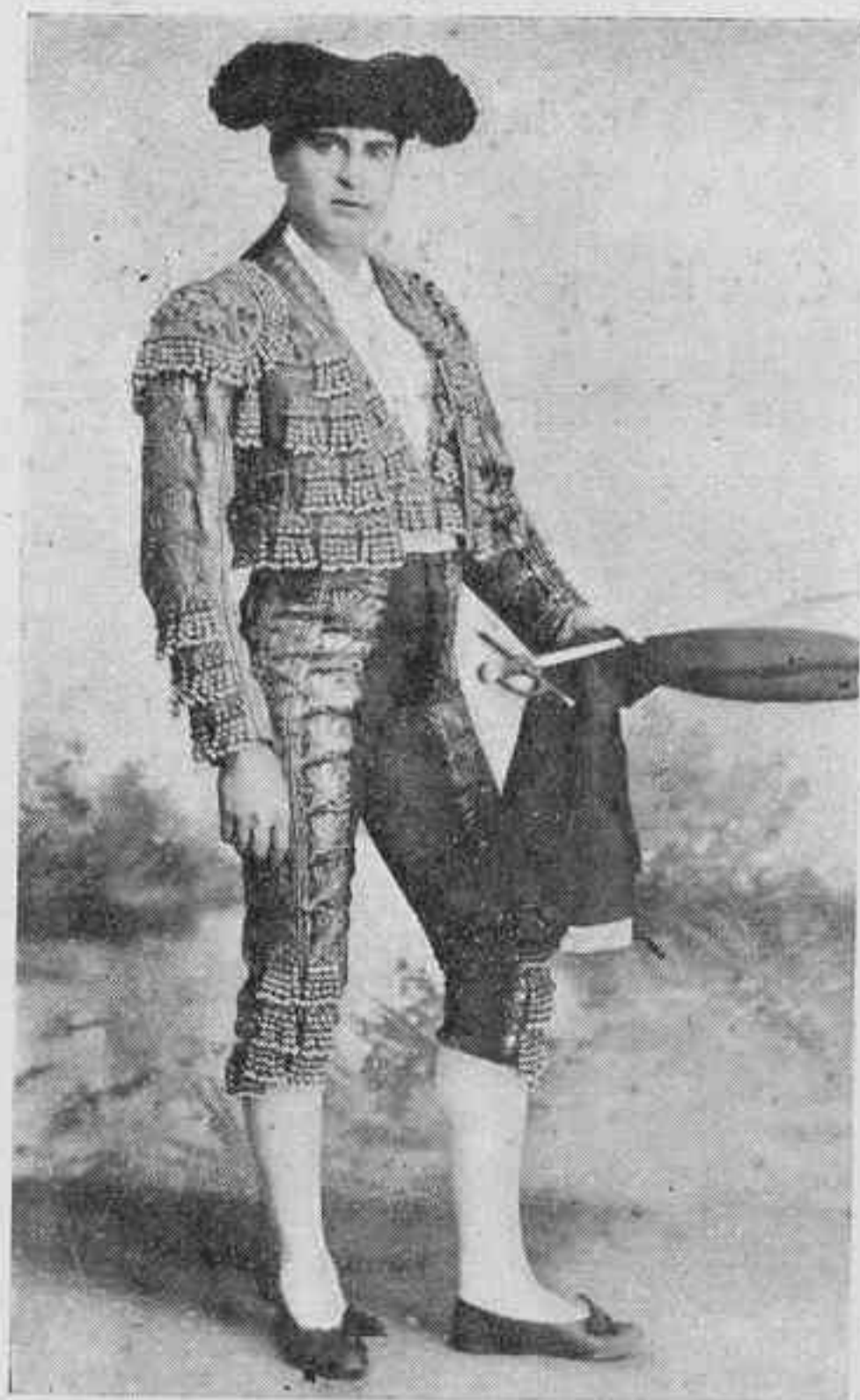
UNA FIESTA DE TOREROS

su hijo el Rey Felipe II. También Carlos V estoqueó desde el caballo, en el Rebollo de Aranjuez, á un javalí, que havía muerto quince sabuesos, herido diez y siete, y á un Montero, lo qual es una especie de toreo. También Felipe II mató así otro javalí en el bosque de Heras, donde le hirió el caballo, y otra vez en Valdelatas donde le rompió el borceguí de una navajada.

Felipe III renovó, y perfeccionó la Plaza de Madrid en 1619. También el Rey Don Felipe IV fué muy inclinado á estas bizarrías, y además de herir á los toros, mató más quatrocientos javalíes, ya con Estoque, ya con la Lanza y ya con la Horquilla.

Así prosiguieron las Fiestas por todo el Reynado de Carlos II, las quales cesaron á la venida del Señor Felipe V, y la más solemne que hubo fué el día 30 de Julio del año de 1725, á la que asistieron los Reyes, en la Plaza Mayor de Madrid; y aunque en Andalucía vieron algunas, y otra en San Ildefonso, siempre fué por ceremonia, y con poco gusto, por no ser inclinados á estas Corridas; y esto produjo una nueva habilidad, y forma una cierta, y nueva Historia de los Toros.

Estos espectáculos, con las circunstancias notadas, los celebraron en España los Moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas Cortes eran en aquellos siglos las



CASANAVE



SEGURITA



LAGARTIJILLO CHICO

más cultas de Europa. De los Moros lo tomaron los Christianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola:

*Para ver acosar toros valientes
Fiesta un tiempo Africana, después Goda,
Que hoy les irrita las soberbias frentes, & &*

*
* *

Pero es de notar que eran estas Funciones solamente de Caballeros, que alanceaban, ó rejoneaban á los toros siempre á caballo, siendo esto empleo de la primera Nobleza y sólo se apeaban al empeño de á pie, que era quando el toro le hería algún Chulo, ó al caballo, ó se perdía el Rejón, la Lanza, el Estribo, el Guante, el Sombrero, etcétera; y se cuenta que los Caballeros Moros, Christianos, que en tal lance, hubo



CANTARITO

quien cortó á un toro el pescuezo á cercén de una cuchillada, como Don Manrique de Lara, y Don Juan Chacón, etcétera.

Los Moros torearon aun más que los Christianos, porque éstos, además de los Juegos de Cañas, Sor-



FÉLIX VELASCO

tijas, etcétera, que también tomaron de aquellas Empresas, Aventuras, Justas y Torneos, etcétera, de que fueron Teatros Valladolid, León, Burgos y el sitio del Pardo; pero extinguidas las contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aun más en Francia todo se reduxo acá á las Fiestas de Toros, á las cuales se aficionaron mucho los Reyes de la Casa de Austria, y aun en Madrid vive hoy un Padre, que se acuerda de haver visto á Carlos II, á quien sirvió autorizar las Fiestas Reales, de las cuales havía tres votivos al año en la Plaza Mayor á la vista del Rey, sin contar los extraordinarios y los de fuera



BARRERITA

de la Corte. Ya se ha dicho que estas Fiestas eran solamente empleo de los Caballeros entre Christianos y Moros; entre éstos hay memoria de Muza, Malique-Alaber y el animoso Gazul.

Entre los Christianos, además de los dichos, celebra Quevedo á Cea, Felada y Villamor; al duque de



QUINITO

Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Ozeta, Zárate, Sástago, Riaño, etcétera. También fué insigne el conde de Villamediana y don Gregorio Gallo, caballero de S. M., y del orden de Santiago, fué muy diestro en los ejercicios de la Plaza, y inventó la espini-llera para defensa de la pierna, que por él se llamó Gregoriana.

El poeta Tafalla, celebra á los caballeros llamados Pueyo y Suazo, que rejoneaban en Zaragoza con aplauso, á fin del siglo pasado, delante de Don Juan de Austria; y si V. E. me lo permite, también diré, que mi abuelo materno fué muy diestro, y aficio-



OSTIÓN

nado á este ejercicio, que practicó muchas veces en compañía del marqués de Mondesor, conde de Tendilla. Y el duque de Medina-Sidonia, visabuelo de este señor que hay hoy día, era tan diestro, y valiente con los toros, que no cuidaba de que fuese bien ó mal cinchado el caballo, pues decía, que las verdaderas cinchas habían de ser las piernas del ginete. Este caballero mató dos toros de dos rejonazos, en las bodas de Carlos II con Doña María de Borbón, año de 1679, y rejonearon el de Camarasa y Rivadavia y otros.

Don Nicolás Rodrigo Novellá, imprimió el año de 1726 su *Cartilla de torear*, y en su tiempo eran buenos Caballeros Don Gerónimo de Olaso y Don Luis de la Peña Terrones, del Abito de Calatrava, Caballerizo del Duque de Medina-Sidonia, y también fué

muy celebrado Don Bernardino Canal, Hidalgo de Pinto, que rejoneó ante el Rey con mucho aplauso el año de 25, y aquí se puede decir que se acabó la raza de los Caballeros (sin quitar el mérito de los vivos) porque como el señor Felipe V no gustó de estas Funciones, lo fué olvidando la Nobleza; pero no faltando la afición de los Españoles, sucedió la Plebe á exercitar su valor, matando los Toros á pie, cuerpo á cuerpo con la Espada, lo qual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo me-



LUIS MAZZANTINI

nos su perfección) es hazaña de este siglo.

* * *

Antiguamente eran las Fiestas de Toros con mucho mayor desorden, y amontonada la gente, como hoy en las novilladas de los lugares, ó en el toro embolado, ó el jubillo de Aragón, del qual no hablaré por ser barbaridad inimitable, ni de los Despeñaderos para los toros de Valladolid, y Aranjuez, porque esto lo puede hacer cualquiera nación; y así se dice, que en unas Fiestas del Rey Chico de Granada, mató un toro cinco, ó seis hombres, y atropelló más de cincuenta. Sólo se hacía lugar á los Caballeros, y después tocaban á desjarrete, á cuyo son los de á pie (que entonces no havía toreros de oficio) sacaban las espadas, y todos á una aco-

metían al toro, acompañados de perros; y unos le desjarretaban (y la voz lo está recordando) y otros le remataban con chuzos, y á pinchazos con el estoque corriendo, y de pasada, sin esperarle, y sin habilidad, como aun lo hacen rústicamente los mozos de los lugares; y yo lo he visto hacer por vil precio al Mocaco de Alhóndiga.

Hoy esto es insufrible; y no obstante en la citada fiesta del año 25, delante de los mismos reyes, y en la Plaza de Madrid, se mataron así los toros desja-



REVERTITO



LITRI



CAMPITOS

retados, y que vive quien lo vió, y lo pinta así la Tauromochía escrita aquel año; prueba evidente de que no había mayor destreza. Los que desjarretaban eran esclavos moros; después fueron negros y mulatos, á los que también hacían los señores aprender á esgrimir para su guarda; lo segundo se colige de Góngora, y lo primero de Lope de Vega, quien hablando en su Jerusalén de desjarretar dice:

*... Que en Castilla los esclavos
Hacen lo mismo en los toros bravos.*

Quando no había Caballeros se mataba á los toros tirándoles garrochones desde lejos y desde los tablados, como se colige de Gerónimo de Salas Berbadillo, Juan de Yaque y otros autores de aquellos tiempos; y hasta que tocaban á desjarretar, los capeaban también, cuyo ejercicio de á pie es muy antiguo, pues los moros lo hacían con el Albornoz y el Capellar.

Mi anciano padre cuenta que en tiempos de Carlos II, dos hombres decentes se pusieron en la plaza delante del balcón del Rey, y durante la fiesta, fingiendo hablar algo importante, no movieron los pies del suelo, por más que repetidas veces les acometiese el toro, al qual burlaban con sólo un quiebro de cuerpo, ú otra leve insinuación; lo que agradó mucho á la corte.

El año de 26, se evidenció por Noveli que todavía no se ponían las vanderillas á pares, sino cada vez una, que la llamaban harpón. Por este tiempo empezó á sobresalir á pie Francisco Romero el de Ronda, que fué de los primeros que perfeccionaron este Arte, usando de la muletilla, esperando al toro cara á cara, y á pie firme, y matándole cuerpo á cuerpo, y era una cierta ceremonia, que el que esto hacía llevaba calzón y colete de ante, correón ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir á las cornadas.

Hoy que los diestros ni aun las imaginan posibles, visten de tafetán, fundando la defensa no en la resistencia sino en la destreza, y agilidad. Así empezó el estoquear, y en quantos libros se hallan escritos en prosa, y en verso sobre el asunto, no se halla noticia de ningún estoqueador, habiendo tanta de los Caballeros, de los Capeadores, de los Chulos, de los Parches y de la Lanzada de á pie; y aun de los Criollos, que enmaromaron la primera vez al toro en la Plaza de Madrid en tiempo de Felipe IV.

También debo decir, no obstante, que en la Alcarria, aun viven ancianos, que se acuerdan haver visto al nombrado Abuelo mío, tender muerto á un toro de una estocada; pero esto, ó fué acaso, ó gentileza extraordina-



SALERI



LAGARTIJILLO

ria, y por lo tanto muy celebrada en su tiempo. En el de Francisco Romero estoqueó también Potra el de Talavera, y Godoy caballero extremeño.

Después vino el Fraile de Pinto, y luego el Fraile del Rastro; y Lorenzillo, que enseñó al famoso Melchor, y el célebre Martincho con su cuadrilla de Navarros, de los quales ha havido grandes vanderilleros, y capeadores, como lo fué, sin igual, el diestrísimo licenciado de Falces.

Antiguamente hubo también en Madrid Plaza de Toros junto á la Casa del Duque de Lerma, hoy del de Medina-Celi, y también ácia la Plazuela de Antón Martín, y aun dura la calle del Toril, por otro nombre del Triste.

*
* *

Poco después que se hizo la plaza redonda en el Soto Luzón, y luego donde ahora está, trajo el marqués de la Ensenada, cuadrillas de Navarros y Andaluces, que lucieron á competencia. Entre estos últimos sobresalió Diego del Alamo, el Malagueño, que aun vive; y entre otros de menor nota, se distinguió mucho Juan Romero, que hoy está en Madrid, con su hijo Pedro Romero, el qual, con Joaquín Rodríguez, ha puesto en tal perfección este Arte, que la imaginación no percibe que sea ya capaz de adelantamiento.

Algunos años há, con tal que un hombre matase á un toro, no se reparaba en que fuese de quatro á seis estocadas, ni en que éstas fuesen altas ó baxas, ni en que le despaldillase ó le degollase, etc., pues aun á los marrajos ó cimarrones los encojaban con la media luna, cuya memoria ni aun existe. Pero hoy ha llegado á tanto la delicadeza, que parece que se va á hacer una sangría á una Dama, y no á matar de una estocada á una fiera tan espantosa.

Y aunque algunos reclaman contra esta función llamándola barbaridad, lo cierto es que los facultativos diestros la tienen por ganancia y diversión; y nuestra difunta Reyna Amalia, al verla, sentenció:

« Que no era barbaridad, como
» la habían informado, sino di-
» versión donde brilla el valor y
» la destreza. »

No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas, ni las vastas de toros, ni creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfección á la casualidad y al tiempo, que va descubriendo más noticias.

Quedo no obstante, muy gozoso de haver servido á V. E. en esto poco que puedo, y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años.

NICOLÁS FERNÁNDEZ
DE MORATIN

Madrid 25 de julio de 1776.



— ¡QUIETOS!... ¡QUIETOS!...

¡Hule!

VESTIDO con guñapos de colores,
sudoroso y febril, el pobre espada,
liando la muleta, va hacia el toro,
que muge de dolor, espanto y rabia.

Al hombre empujan al brutal combate
el aliciente de mezquina paga
y aquel rumor del oleaje inquieto
que en gradas y tendidos se levanta.

Llega al bruto por fin. La roja tela
mueve, agita y ondea desplegada
para excitar el bárbaro coraje
de la res, que con ímpetu se arranca.

Y otra vez, y otra más. Y tantas veces
que al público molesta la tardanza
y, entre insultos groseros, se impacienta
por ver cuál de los dos es el que mata.

Pide á la honrilla el pobre novillero
valor forzado, se perfila, avanza
y aprovechando el momentáneo arrojo,
los ojos cierra y el estoque clava.

Revuélvese la fiera; un alarido
de profundo terror llena la plaza,
y cae en tierra el hombre y huye el toro
que tinto el cuerno del encuentro saca.

Poco después tendido en la tarima
pálido el rostro, turbia la mirada

mientras cubren su herida con vendajes,
oye el torero retumbar lejana

la tempestad de aplausos y silbidos
que al acabarse cada suerte estalla
para animar los lances de la lucha
que sigue entre el estruendo de las masas...

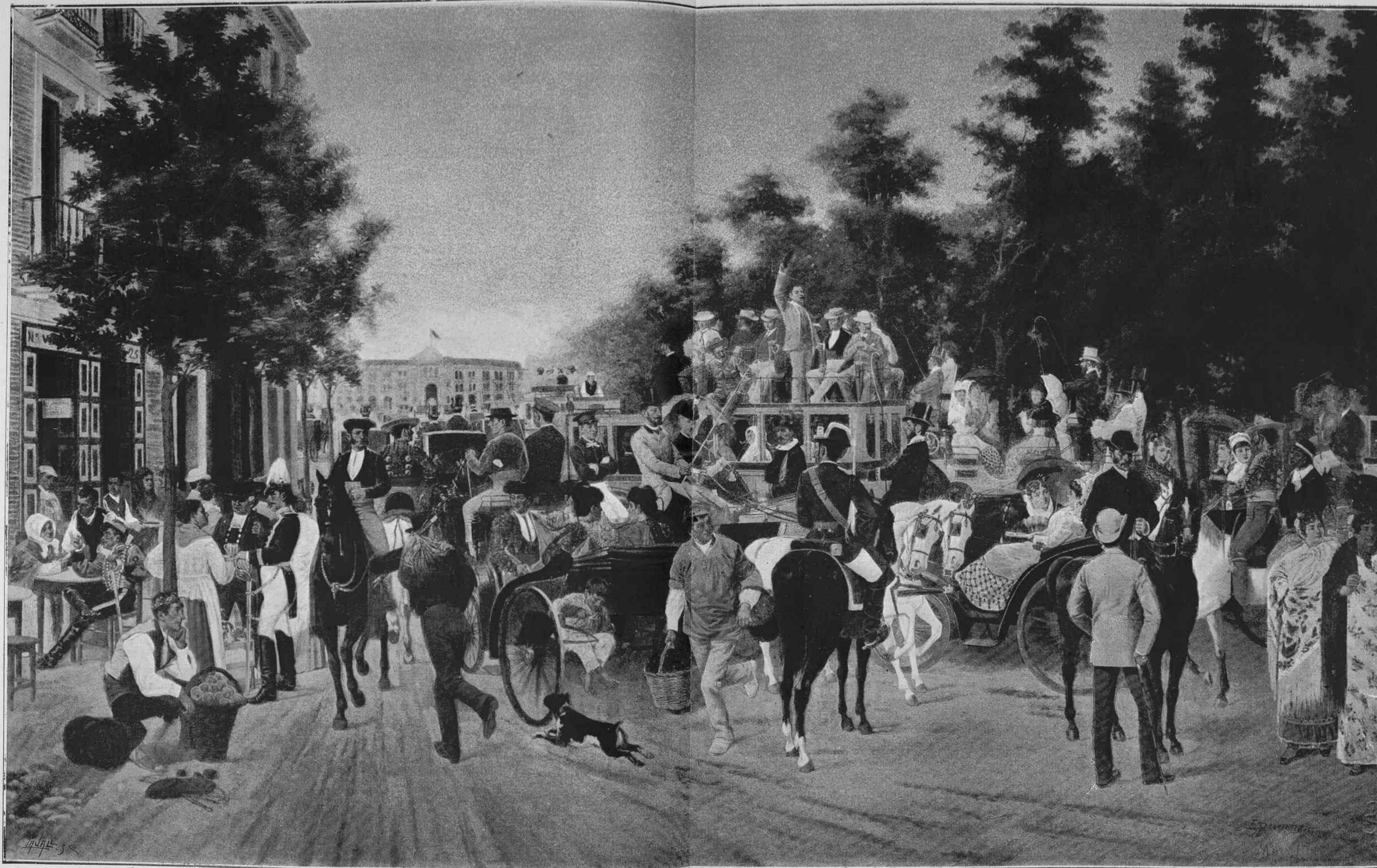
Y al fin, cuando las sombras de la noche
á duras penas á romper alcanzan
los recién encendidos farolillos
de tranvías, simones y tartanas,
avanza lentamente una camilla
entre la multitud que ríe y canta
y el monótono estruendo de las ruedas
y el áspero chirrido de las trallas.

Al paso de la triste comitiva
callan los grupos, y á escuchar se paran
los roncós estertores del herido,
que lucha de la muerte con las ansias;

mientras del circo, que á la espalda queda,
brillando surgen y los aires rasgan
cohetes de melenas luminosas,
lluvia de fuego que al caer se apaga.

Y cuando, para alivio á la fatiga,
de la camilla el hule se levanta,
se ve una cara lívida allá dentro
al brillante fulgor de las bengalas.

SINESIO DELGADO

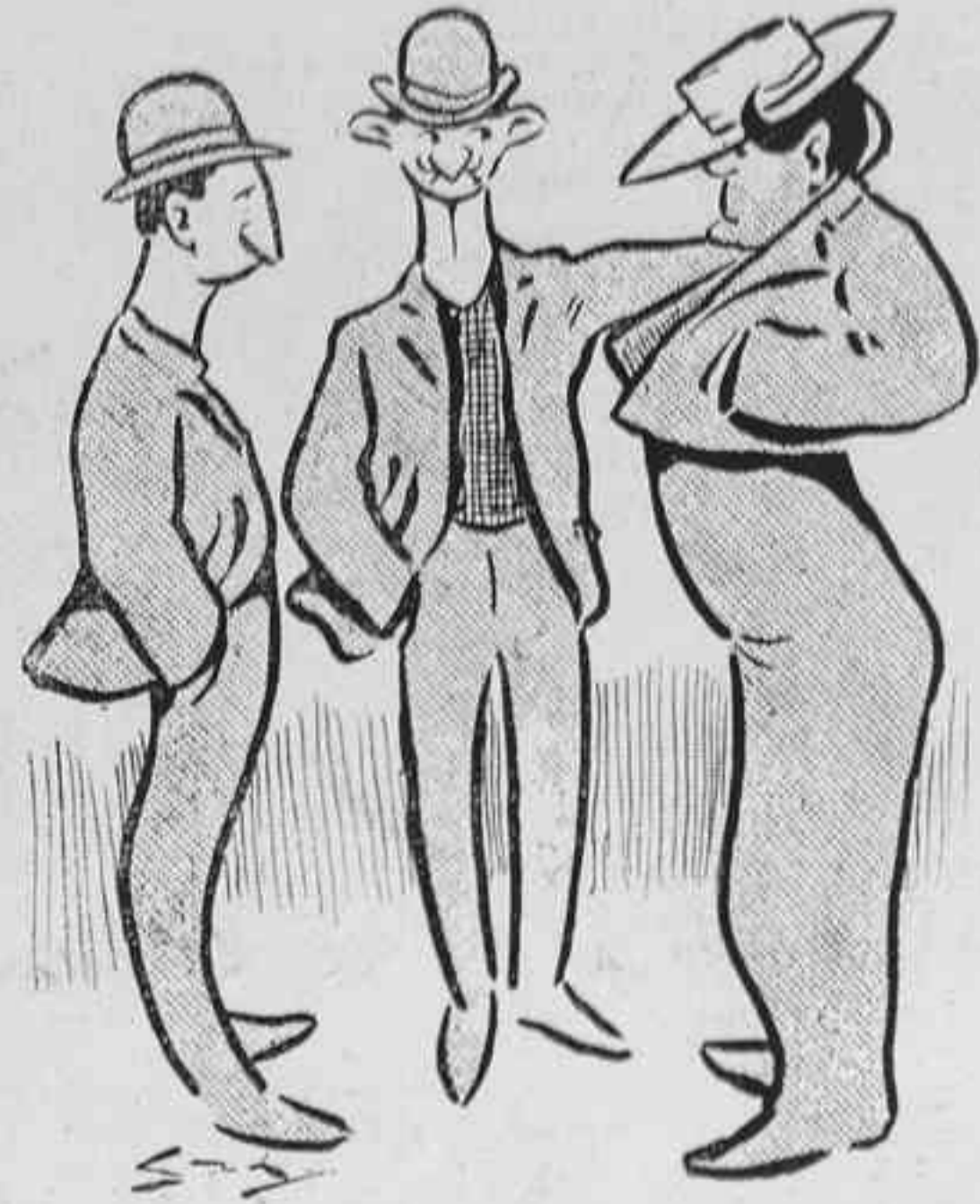


¡A LOS TOROS!

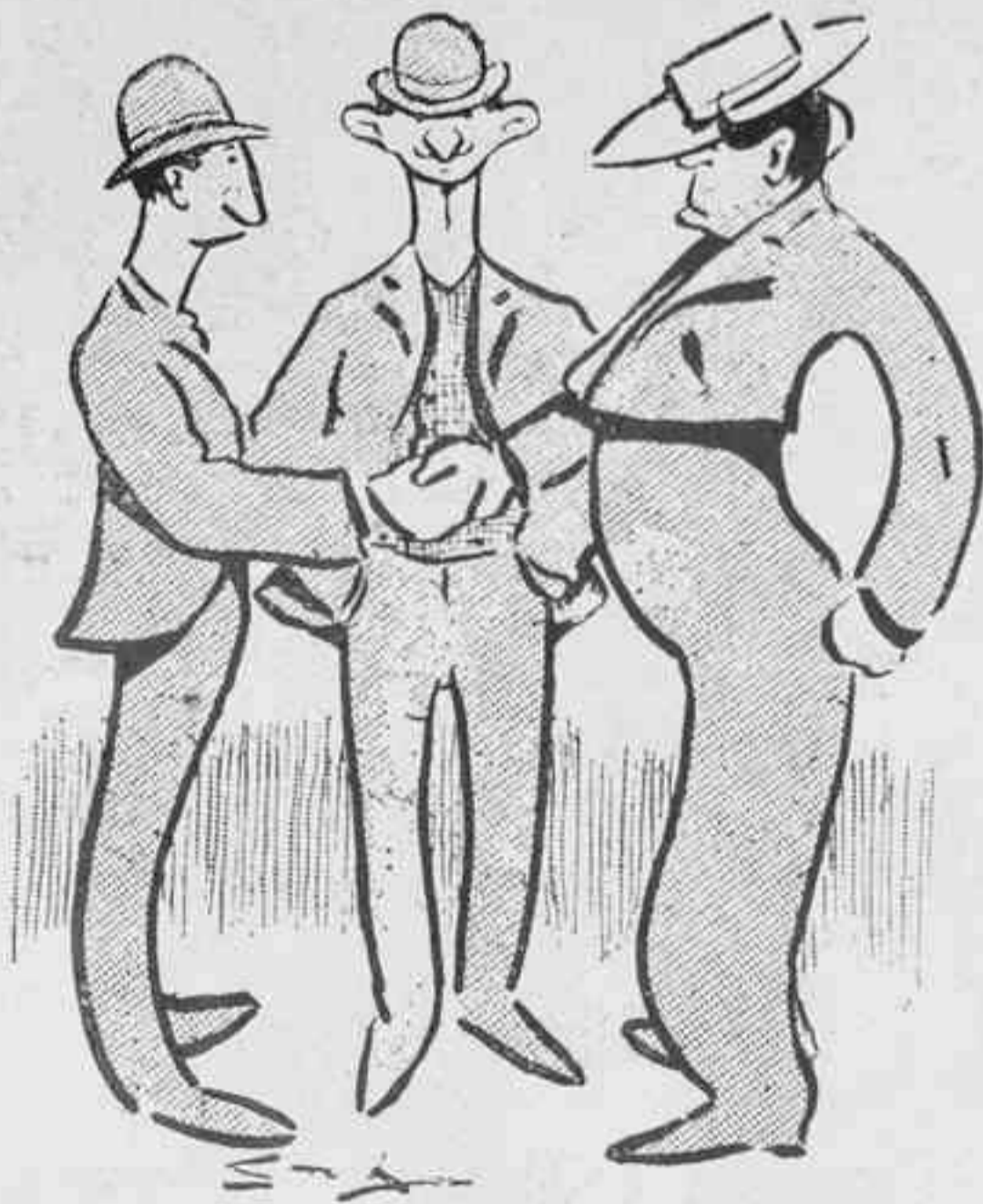
MÁS VALE SER GRACIOSO QUE CAER EN GRACIA, por SIERRA DE LUNA



1.—¿Con qué mañana la alternativa, Pingajos?
—Sí... y como yo llegue á caer en gracia...



2.—Sí, porque sería el primer sitio donde yo no hubiera caído en gracia...



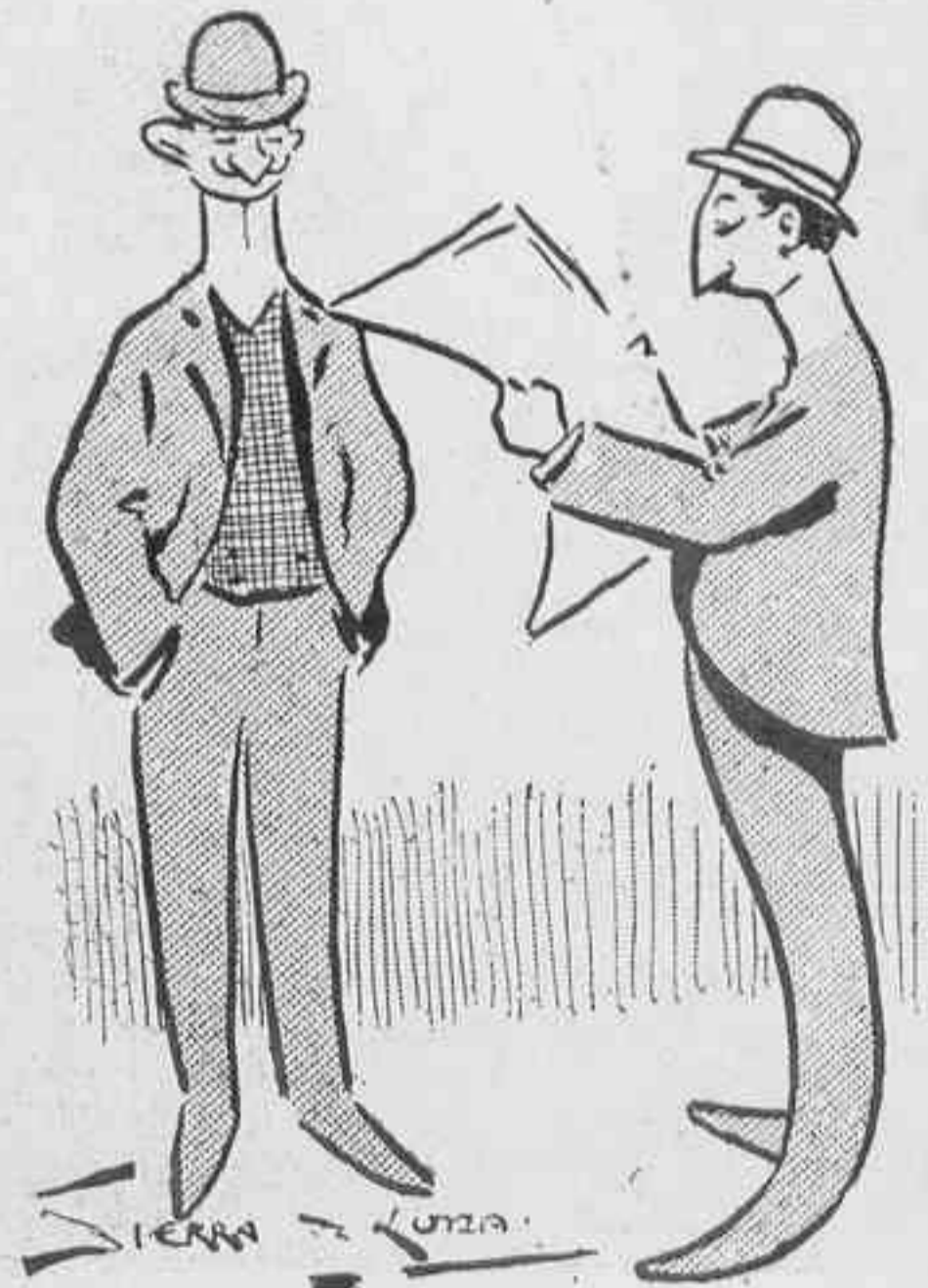
3.—Pues *na*, Pingajos, buena suerte y que caigas en gracia.
—Así lo espero, *camarás*...



4.—Brindo por usía, por *toa* la compañía, por las mujeres barbianas, por el periodismo local, por la afición y el clero parroquial...



5.—!!!.....!!!
!!!.....!!!
!!!.....!!!



6. (*Leyendo*).—Al tirarse á matar, el Pingajos fué enganchado, pitoneado, revolcado, corneado y elevado por la atmósfera... En un momento desapareció el Pingajos... Algunas horas después se le encontró que había caído en Gracia.
—¡Pues se salió con la suya!



INFORMACIÓN TAURINA

LA PRENSA DEL OFICIO

Los toros juzgados por los extranjeros

DIFÍCIL, casi imposible es el cabal conocimiento de los propios defectos y de las buenas cualidades. Sabe el hombre inteligente que está aquejado de tal ó cual defecto; la modestia más verdadera no impide que se reconozca tal ó cual buena condición. Pero lo que desconoce hasta el genio es el efecto que en los demás producen sus virtudes y vicios; no puede apreciar de un modo exacto la impresión que en los otros hombres engendran aquéllas y éstos. Lo propio que al individuo les ocurre á las colectividades. No hay inglés, acostumbrado á presenciar desde chico las escenas y desafíos de la boxe, que sepa hasta qué punto resulta repugnante el combate á

puñada limpia entre dos hombres que no se odian, que se descalabran por ganar unas pesetas ó unos soberanos.

Acostumbrados los españoles á los toros, habiendo oído hablar de ellos á nuestros padres y abuelos, leyendo á menudo las revistas que de la fiesta nacional traen los periódicos, espectadores indiferentes ó entusiastas, según los casos de muchas corridas, sabedores de que en las demás ciudades y villas de España también se lidian toros y se destripan caballos y á lo mejor vuela por los aires un torero, no podemos comprender el efecto que produce una corrida al hombre que acude á presenciarla por vez primera y es-



JOSÉ GORDÓN

tando en la edad de la razón.

Para hacer resaltar ese juicio especial de espectadores imparciales y dar idea aproximada de la impresión que causa una corrida, transcribo á continuación las opiniones de cuatro grandes escritores, conocidos en España por sus obras ó por su fama cuando menos.

Washington Irving, en sus *Impresiones de España*, se expresa así:

«Para un hombre del Norte que no haya presenciado jamás los esplendores de luz, los incendios de colores que prende el sol en los verjeles y vegas andaluzas; para quien desconozca la alegría, la gracia, el garbo de las mujeres del Mediodía, cuyos ojos reflejan el ardor del sol y en cuyos labios llama el color de los claveles rojos; para quien ignore el fuego vital que late en el fondo de esa raza indolente y activa, abandonada y tenaz, mística y exaltada, blanda como la cera y resistente como el acero á un tiempo; para el que no



VICENTE FERRER

haya oído jamás esos cantos que se llaman playerras, polos, saetas, y que saetas son que con su punzante quejido taladran el alma más endurecida, la fiesta de los toros se le puede antojar una atrocidad, una salvajada, un espectáculo indigno de un hombre civilizado y de un cristiano; pero á pesar de todas sus preocupaciones y prejuicios, á despecho de su impasibilidad, quedará deslumbrado, admirado, extático cuando, dentro del marco esplendoroso formado por treinta filas de expectadores que se mueven y agitan y hablan y vocean con animación indescriptible, alumbrados por un sol



CORIANO

de salvaje majestad, imagen de la fuerza y la bravura.»

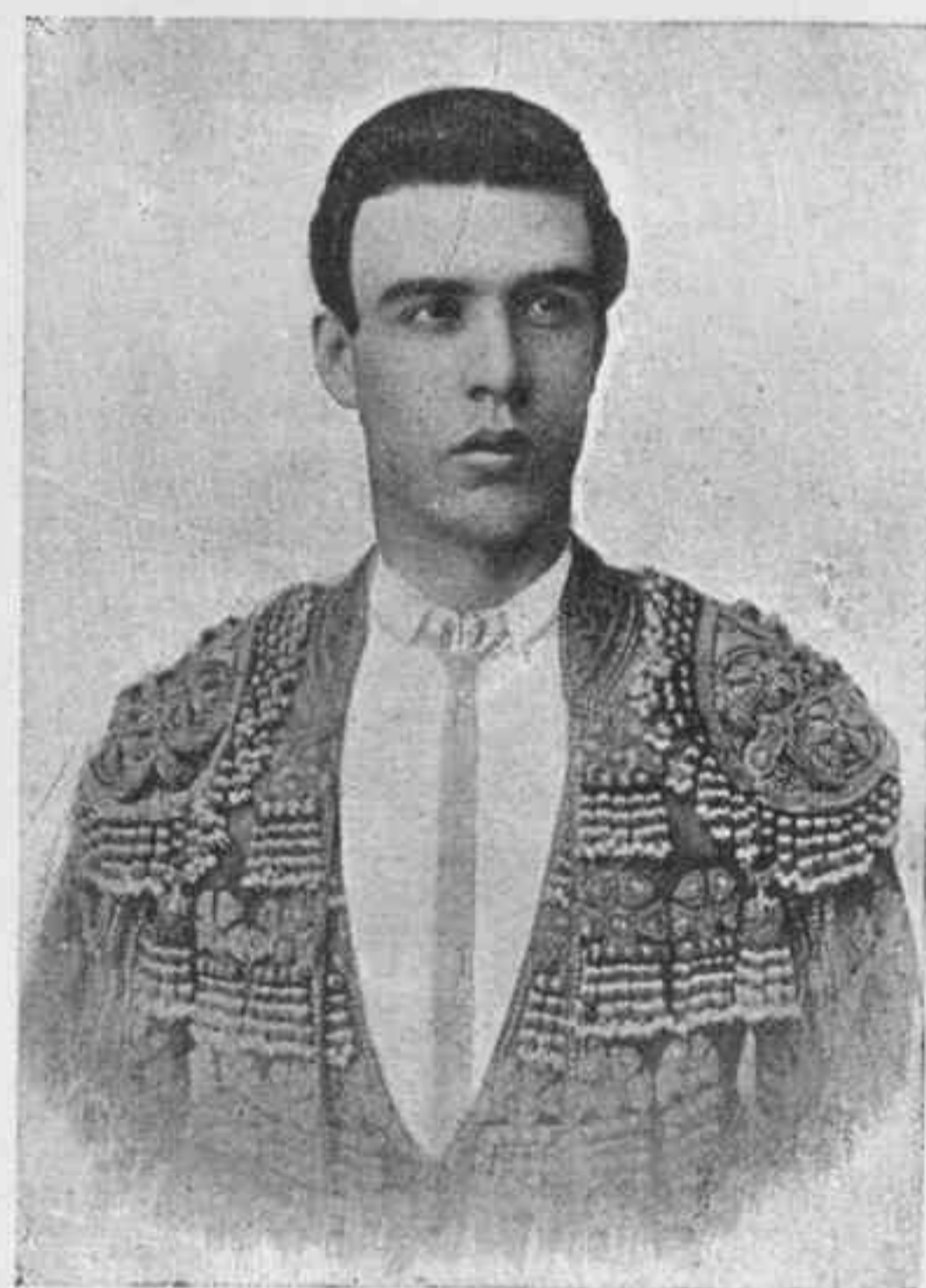
Teófilo Gautier, en sus *Recuerdos de España*, escribe:

«Dos veces he estado en la Plaza de Toros; he presenciado dos corridas. No me intimida la púrpura viva de la sangre; no crispas mis nervios el riesgo que la fiera enfurecida hace correr al matador y á los «capeadores»; comprendo el delirio de la multitud exaltada que vocifera y aplaude y silba y censura con sin igual violencia; gústame el aspecto que presenta la plaza momentos antes de empezar la corrida; es de gran efecto la salida de la cuadrilla, precedida de los alguacillos, seguida de las mulillas y de todo el personal subalterno; es indescriptible la ansiedad, la expectación que se apoderan de todos durante los cortos momentos que median desde que el matador «brinda la muerte» hasta que da el primer pase de la muleta roja; se admira el valor de aquel hombre joven, lleno de vigor y de vida, que se dirige con paso firme, balanceando la es-

de salvaje majestad, imagen de la fuerza y la bravura.»

Teófilo Gautier, en sus *Recuerdos de España*, escribe:

«Dos veces he estado en la Plaza de Toros; he presenciado dos corridas. No me intimida la púrpura viva de la sangre; no crispas mis nervios el riesgo que la fiera enfurecida hace correr al matador y á los «capeadores»; comprendo el delirio de la multitud exaltada que vocifera y aplaude y silba y censura con sin igual violencia; gústame el aspecto que presenta la plaza momentos antes de empezar la corrida; es de gran efecto la salida de la cuadrilla, precedida de los alguacillos, seguida de las mulillas y de todo el personal subalterno; es indescriptible la ansiedad, la expectación que se apoderan de todos durante los cortos momentos que median desde que el matador «brinda la muerte» hasta que da el primer pase de la muleta roja; se admira el valor de aquel hombre joven, lleno de vigor y de vida, que se dirige con paso firme, balanceando la es-



VALENTÍN



JEREZANO



PADILLA



ANTONIO FUENTES



JARANA CHICO

pada que mata, hacia las astas que desgarran y matan. Es todo ello muy grandioso, demasiado grandioso; pero me repugna, me da asco. Quien ha visto como yo he visto—*de mes yeux vu*—como un caballo con todos los intestinos colgando se los pisaba al andar, se desangraba y caía perneando y moría atrozmente, no puede volver á los toros.»

Gibbon, el gran historiador inglés que tan bien conocía las costumbres de España, dice:

«Las corridas de toros son tan indignas como la venta de esclavos en Turquía, como las salvajadas de los *begs* albaneses. Sólo un gobierno tan imprevisor como el de España puede tolerar espectáculo tan vergonzoso y brutal. Contra lo que se ha dicho, no es ni hermoso ni artístico. En la arena una fiera poderosa lucha con ocho ó diez fieras más débiles que acaban por vencerla á traición. Las corridas son una abominación que ha de desaparecer.»

Cavallotti, el gran periodista italiano que tan trágicamente debía morir algunos años más tarde, decía en 1896 en *Il Século*:

«Viendo una corrida de toros se comprende el delirio que sentían los romanos por las luchas de los gladiadores; se explica el grito de: «¡Pan y circo!» Es un espectáculo que no puede olvidar quien lo ha

presenciado una vez. Es avasallador y grandioso. Los detalles repugnantes desaparecen ante la belleza sin igual del conjunto; se olvida la barbarie y sólo subsiste la belleza del esfuerzo y del valor que luchan contra el empuje mortal de la *belva inferocita*.»

Discordes andan los pareceres como puede verse. ¿Tendrán razón Irving y Cavollatti? ¿La tendrán el autor de *Spirita* y el de la *Historia y decadencia del Imperio Romano*? Quizá la tengan todos, ya que hay atrocidades bellas y hermosuras repulsivas.

A. RIERA



VILLITA



LAGARTIJO



¡A los toros!

Es de Mayo en los comienzos
y al comienzo de una tarde.
El sol ensaya en sus rayos
los rayos caniculares,
y hay más aroma en las flores,
más perfumes en los aires
y más pájaros que trinan
guarecidos en los árboles.
Las rejas van ostentando
de claveles rojo esmalte,
ya la alegre enredadera
trepa al balcón abrazándole

y las margaritas brotan
y los girasoles nacen,
y hay en todas partes vida,
y hay amor en todas partes.
Todo es sol y todo ráfagas;
todo es adornos brillantes
y flores, rasos y sedas,
mujeres reflejo de ángeles
y bocas que son cascadas
de perlas y de rosales.
Como dibujos de nieve
que acarician los semblantes,

las blondas de las mantillas
van en los rostros posándose,
y en el centro de aquel marco,
dándole mayor realce,
espesos y negros rizos
juguetones como el aire
y como el raso sedosos
y negros cual los pesares.
Que es día de fiesta dicen
las mujeres y los trajes;
que rebosa la alegría
lo denuncian los semblantes,
y que la española tierra
de las hermosas es madre
las españolas pregonan
con su hermosura y donaire.
En las calesas se lucen
pies calzados de granate,
los andaluces caballos
por no desmentir su sangre
saltan, corren, bullen, giran
y por el pretal flotante
arrojan espuma hirviente
que en el suelo se deshace.
Sobre la albarda lujosa
que se fabricó en Linares,
lucen bordados de plata
los pañolones de estambres
con borlas de mil colores
y mantas de mil ojales.
Un laberinto de notas
compitiendo en lo brillantes;
un torrente de hermosura
desbordado por las calles,
una bacanal de luces,
un hervidero de sangre,
una eterna carcajada,
cien bruñidos correajes
y muchos trajes de seda
guarnecidos de alamares,
esto es la marcha á los toros,
al principio de la tarde.
Y mientras que todo el pueblo
inundando está la calle,
y el sol no tiene en su foco
más que tintas de granate,
y la alegre enredadera
trepa al balcón abrazándole
y las margaritas brotan
y los girasoles nacen
y hay en todas partes vida
y hay amor en todas partes,
la esposa de aquel torero
que es el héroe de la tarde,
ante una imagen bendita
de la Paloma ó el Carmen,
enciende luces y reza
á la Reina de los Angeles!...

CORRIDA DE BECERROS

QUE A

BENEFICIO DE LOS POBRES DE BARCELONA

tendrá lugar el lunes 20 del corriente (si el tiempo lo permite) á las dos y media de la tarde en la Plaza de Toros de esta Ciudad.

Después de la Junta Directiva que el anterior realce á esta fiesta para que se celebre en un beneficio de los pobres, ofreció la presidencia de la plaza á

La Exma. S.^a Marquesa de Ciudadilla,
La S.^a D.^a Carlota de Sentmanat,
La S.^a D.^a Joaquina de Compte de Bofill,
La S.^a D.^a Josefa de Rich.

Y todos aceptaron con la mayor galantería. Lo mismo que las presidentas de cintas y ramos, lo que se cumplió en favor público la Junta para corresponder al favor que las señoras.

A las diez y media se hará el despiece de la plaza por varios señores señores y después continuará la corrida que la componen.

Espadas.

1.^o D. José de Vasco y de Vasco, Caballero Maestrante de la Real de Bandera y ayudante del Exmo. Sr. Capitán General.
2.^o D. José Caballer, teniente de Cazadores de las Navas.
Sobresaliente de España. — D. Victor Romero, capitán de Cazadores de Alcántara.

Banderilleros.

1.^o TASA. — D. Enrique Arredondo, teniente del regimiento de Alcantara.
D. Ramon Gonzalez Vallarino, alférez de Cazadores de Las Navas.
2.^o TASA. — D. Guillermo Reyler, capitán de Artillería.
D. José Marqués, teniente del regimiento de la Reina.

Picadores.

1.^o TASA. — D. Antonio Gonzalez Wdell.
D. Narciso Gabi.
2.^o TASA. — D. Luis de Miquel, capitán de Estado mayor.
D. Enrique Franc, ayudante del Sr. Brigadier Franc.
D. Antonio Lucena, alférez agregado al Real Cuerpo de Artillería.

Capeadores.

D. Ventura Llano.
D. Ricardo García Seco, teniente del regimiento de Zaragoza.
D. Eduardo Lopez.
D. Ramon Prada, alférez de Regimiento de Zaragoza.
D. Gaspar Gabi.
D. Jorge Montaner, teniente del regimiento de Luchana.
D. Enrique Calderon, cadete del regimiento de la Princesa.
D. Juan Siria, oficial 2.^o de Administración militar.

Puntillero.

D. Nicolas de Hita, teniente de Lanceros de Luchana.

Mulleros.

D. Joaquin Lopez Dema.
D. Juan Arnal, capitán de Estado mayor.
D. Fernando Elias, teniente de Infantería.
D. Manuel Gasset, ayudante del Exmo. Sr. Capitán General.
D. Juan Cabanes.
Serviendo los Sres. Lopez Dema, Arnal, Elias y Gasset de mozas de caballos.

Toriles.

D. Luis Malats. D. Juan Cabanes.

La plaza se abrirá á la una en punto.

La Junta Directiva aprovecha esta ocasión para dar un público testimonio de su gratitud en nombre y en el de los pobres á las Sras. Presidentas á nuestras dignas Autoridades y á cuantos han secundado sus esfuerzos. Barcelona 20 de abril de 1867.

LA JUNTA DIRECTIVA. — Perfecto Arnau. — El Marqués de Castellborras. — José de Vasco. — Fernando Adelfante. — Vicente de Romero. — El Conde de Munier. — Fernando de Francisco Martín. — Luis de Cepeda. — Enrique Arredondo. — Antonio Gonzalez Wdell. — Luis Malats. — Julio Cesar de Foces. — José Maturana. — Javier Pelaez. — Nicolás de Hita. — Apunin Correa. — Vicente Correa. — Luis Aliz.

Recibirán la flaca del toro de acción de la primera Sra. Presidenta, el Exmo. Sr. Marqués de Castellborras y el Sr. Conde de Munier, ayudante del Exmo. Sr. Capitán General.

En seguida se lidiarán cuatro becerros de tres años de la acreditada ganadería del Exmo. Sr. D. Nazario Carrique, cuyas señas y divisa son como sigue:

1.^o **VENENO**, negro brigado, bien encornado; divisa blanca y azul regalada por la Exma. Sra. Marquesa de Ciudadilla.
2.^o **CHISPA**, negro asti-corto, corni-delantero; divisa blanca y rosa regalada por la Sra. D.^a Carlota de Sentmanat y Sacer.
3.^o **CONTRABANDISTA**, rojo-avimagrado, cuqui-alto; divisa encarnada y oro, regalada por la Sra. D.^a Joaquina de Compte de Bofill.
4.^o **AMERICANO**, rojo claro, corni-prieto, bien armado; divisa blanca con adorno fuego, regalada por la Sra. D.^a Josefa de Rich.

Concederá la flaca se correá cintas y ramos, regaladas aquellas por las

Señoras: D.^a Juana Gruber,
D.^a Leonor Lascada,
D.^a Soledad de Moya,
D.^a Francisca Roges,
D.^a Pilar de Vilallonga.

presidentas de estos juegos y por otras señoras de esta Capital que han querido contribuir al mayor lucimiento de esta fiesta.

Correrán cintas y ramos los Señores

D. Francisco Sanjuan, capitán del regimiento de Alcántara.
D. Juan Bofill.
D. Augusto Figueroa, teniente de Artillería.
D. Leopoldo de Rich, oficial 2.^o de Administración militar.
D. José de Sentmanat.
D. Donato Cuervo, teniente de Caballería de Alcántara.
D. Carlos Posada, teniente del mismo.
D. Antonio Gonzalez Wdell.
D. José de Vasco y de Vasco.

D. Francisco Navarro, alférez de Caballería de Alcántara.
D. Ramon Altobagnire, oficial 2.^o de Administración militar.
D. Sebastian Alquez.
Sr. Conde de Munier.
D. Arturo de Molins, teniente de Artillería.
D. Francisco Tagle, teniente de Caballería de Lusitania.
D. Mariano Salado, teniente de Caballería de Alcántara.
D. Enrique Arredondo.
D. Enrique Franc.

La Comisión de puertas y barreras la componen los señores

Exmo. Sr. Marqués de Castellborras. — Sr. D. Juan Bofill.
Sr. Conde de Munier. — Sr. D. Fern. de Francisco Martín.
Sr. Conde de Cuadrells. — Sr. D. Francisco Sanjuan.
Sr. D. Oriol de Sentmanat. — Sr. D. Enrique Gifuentes.
Sr. D. José de Sentmanat. — Sr. D. Luis Cepeda.
Sr. D. Fernando Adelfante. — Sr. D. Leopoldo Rich.
Sr. D. Vicente Romero. — Sr. D. Augusto Figueroa.
Sr. D. Pablo Trujillo.



La Roquecita

Novelita corta por Guy de Maupassant

(Continuación)

—Y sin mujer—añadió el médico con una especie de sonrisa.—No teniendo buena cena ni buena cama, ha querido procurarse el resto. ¡Hay tantos hombres en la tierra capaces de cometer un crimen en un momento dado! ¿Y sabía usted ya que esta

muchacha había desaparecido?—añadió el médico al mismo tiempo que con su bastón tocaba uno tras otro los dedos rígidos de la muerta, recorriéndolos como las teclas de un piano.

—Sí. Ayer á las nueve de la noche vino la madre



ALVARADITO



RERRE



CHICO DE LA BLUSA



GALLITO

El alcalde, absorto en sus reflexiones, parecía no oír al médico, pero de pronto se volvió, sorprendido por un ruido. Una mujer con cofia y con delantal azul corría precipitadamente bajo los árboles. Era la madre, la Roque. Tan pronto como vió á Renordet, se puso á gritar:

—¡Mi hijal ¿Dónde está mi hija?—

Y corría con tal atolondramiento, que no miraba al suelo, y sólo al acercarse al grupo, vió de pronto el cadáver. Parándose repentinamente, juntando las manos y levantando los brazos al cielo, prorrumpió en agudos y desgarradores lamentos, en quejidos de animal martirizado.



VALENCIANO

Después se precipitó sobre el cuerpo, cayó de rodillas y no levantó, sino que arrancó el pañuelo que cubría la cara de su hija. Cuando vió aquel rostro espantoso, negro y contraído, se irguió como movida por un resorte, después se dejó caer de bruces contra el suelo, lanzando sobre el musgo alarmantes y continuos gritos. Su delgado cuerpo, al que se ceñían sus mezquinas ropas, palpitaba sacudido por convulsiones. Se veían temblar horriblemente sus huesosas canillas y sus piernas cubiertas de gruesas medias azules, y escarvaba el suelo con sus engarbatados dedos, cual si quisiese hacer una fosa para ocultarse en ella.

El médico, conmovido, murmuró:

—¡Pobre viejal—

Renordet sintió producirse un ruido singular en su vientre, y luego lanzó una especie de estornudo ruidoso que le salió al mismo tiempo de la nariz y de la boca, y sacando un pañuelo del bolsillo rompió á llorar, tosiendo, sollozando y sonándose al mismo tiempo con ruido.

—¡Por... por... vi...vi...da de...—balbuceaba.—¿Quién... habrá... sido... el... infame... que... habrá... hecho eso? Qui...qui...qui...siera ver...lo... guillotinado.—

En esto se presentó Príncipe, que con aire desolado y las manos vacías, murmuró:

—Señor alcalde, no encuentro nada, nada, en ninguna parte.—

Renordet, transtornado, respondió con voz entre cortada por el llanto:

—¿Qué es lo que no encuentras?

—Las ropas de la muchacha.

—Busca, busca más y encuéntralas... ó te las verás conmigo.—

á buscarme diciéndome que su hija no se había presentado á cenar á las siete como de costumbre. La buscamos hasta las doce de la noche por los caminos; pero no se nos ocurrió venir al oquedal. Creímos, pues, necesario esperar el día para que nuestras indagaciones resultasen útiles.

—¿Quiere usted un cigarro?—dijo el médico.

—No, gracias; no tengo ganas de fumar. Este espectáculo me produce algún malestar.—

Ambos permanecían de pie ante aquel delicado cuerpo de adolescente tendido sobre el sombrío musgo. Un moscardón de vientre azul, que se paseaba á lo largo de uno de sus muslos, se detuvo en las manchas de sangre, recorrió luego todo un lado del cuerpo hasta llegar al seno, y después volvió á descender por el otro lado explorando cual si buscarse algo que beber sobre la muerte. Los hombres miraban aquel errante punto negro.

—¡Qué bonita es una mosca sobre la piel!—dijo el médico.

—Las damas del siglo pasado tenían razón en pintarse lunares en la cara. ¿Por qué se habrá perdido esta costumbre?—



MONTES



BONARILLO



BOMBA III



KEVERTE

El secretario, sabiendo que no había medio de resistir al alcalde, volvió á su tarea en actitud desanimada, dirigiendo al cadáver de reojo una tímida mirada.

A lo lejos, se oían bajo los árboles voces lejanas, un rumor confuso, el ruido de una multitud que se acercaba, pues Mederi, en su excursión, había sembrado la noticia de casa en casa. Las gentes del país, estupefactos al principio, habían charlado del suceso en la calle de una puerta á otra, después se habían reunido para consultar y discutir el acontecimiento durante algunos minutos, y en aquel momento acudían al lugar del suceso.

Llegaban grupos, un poco inquietos y en actitud indecisa, como si temiesen la primera emoción. Cuando vieron el cadáver, se detuvieron sin atreverse á avanzar y hablando en voz baja, y después, cobrando ánimo, dieron algunos pasos, volvieron á detenerse, avanzaron de nuevo y no tardaron en formar en torno de la muerta, de su madre, del médico y de Renordet, un círculo compacto, agitado y bullicioso que se estrechaba á impulso de los empujones que daban los últimos en llegar. Una vez allí, no tardaron en tocar el cadáver y algunos se inclinaron para palparlo. El médico les apartó; pero el alcalde, saliendo bruscamente de su mutismo, se puso furioso, y cogiendo el bastón del señor Labarbe, se arrojó sobre sus administrados balbuceando:

—Largaos de aquí... largaos de aquí, pedazos de bruto... ¡Largaos de aquí!—

En un segundo, el cerco de curiosos se ensanchó doscientos metros.

La Roque se había levantado y lloraba sentada, cubriéndose la cara con las manos.

Entre la multitud se discutía el suceso, y los ojos ávidos de los muchachos escudriñaban el desnudo cuerpo de la joven. Renordet notó esto, y quitándose bruscamente su chaqueta, la echó sobre la muchacha, que quedó tapada por completo bajo la amplia prenda del alcalde.



CANARIO



CHAVES



CHICUELO

Los curiosos se iban aproximando poco á poco; el oquedal se llenaba de gente, y un rumor continuo de voces cundía bajo el tupido follaje de los grandes árboles.

El alcalde, en mangas de camisa, permanecía de pie con el bastón en la mano en actitud de combate, y desesperado al parecer ante la estúpida curiosidad del pueblo, repetía:

—Si alguno se acerca, le rompo la cabeza.—

Los aldeanos le temían mucho y se mantuvieron á respetable distancia. El doctor Labarbe, que fumaba sentado al lado de la Roque, le dirigió la palabra procurando distraerla. La vieja se quitó las manos de la cara y respondió con un flujo de lastimeras palabras desahogando su dolor. Contó su vida, la muerte de su marido, ganadero, que sucumbió víctima de una cornada, la infancia de su hija y su miserable vida de viuda, sin recursos, con la pequeña, que era lo único que le quedaba, su pequeña Luisa, ¡y se la habían matado, se la habían matado! De pronto quiso volver á verla, y acercándose de rodillas hasta el cadáver, levantó un poco la chaqueta que la cubría y después la volvió á cubrir y se puso á ahullar. La multitud permanecía silenciosa contemplando ávidamente todos los gestos de la madre.

Pero de pronto se produjo un gran movimiento en la multitud, la cual empezó á gritar:

—¡Los gendarmes!
¡los gendarmes!—

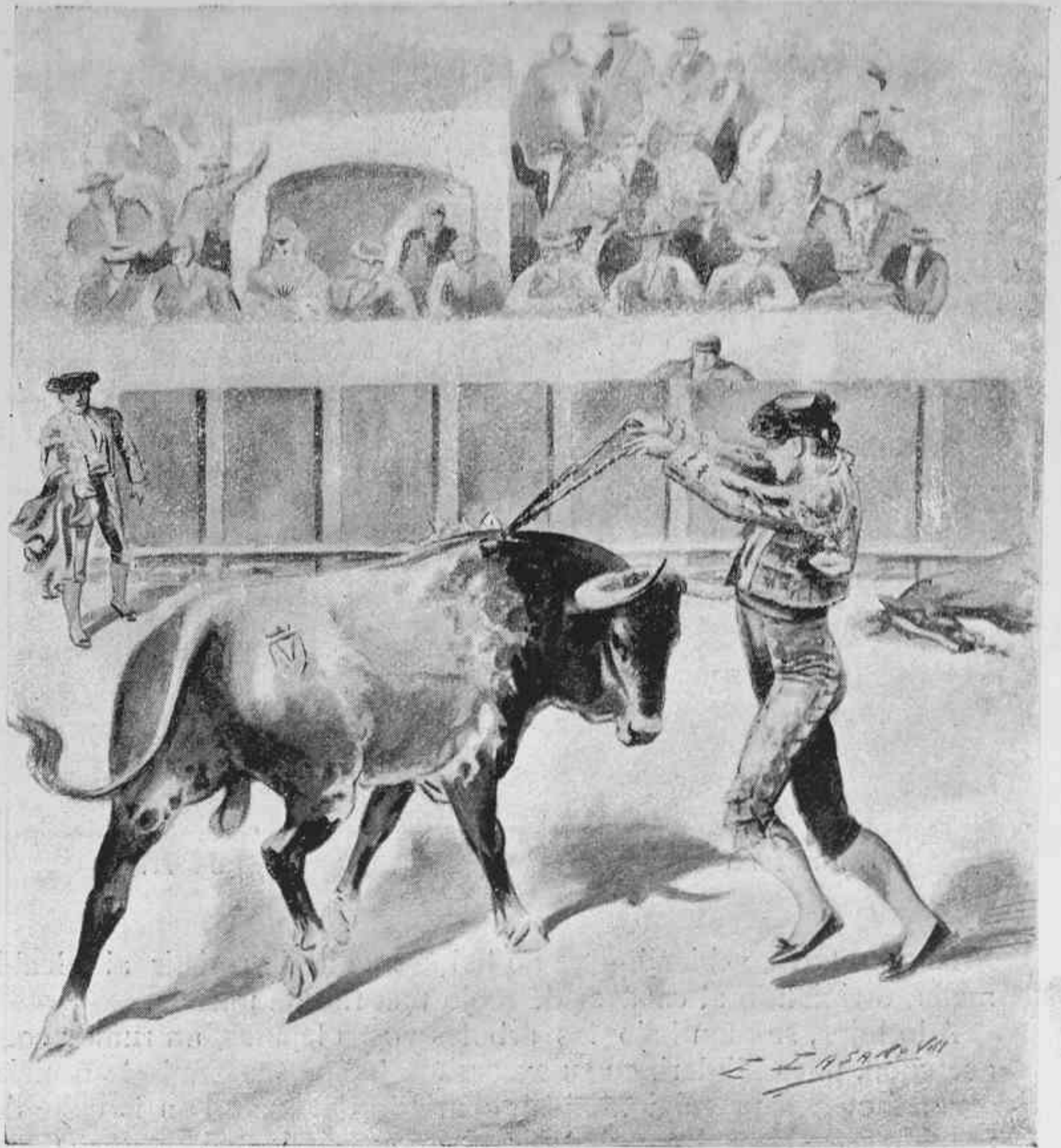
En efecto, á lo lejos se

QUEBRANDO UN PAR; por E. Casanovas

veía llegar al trote a dos gendarmes escoltando á su capitán y á un señor pequeño de patillas rubias; que saltaba como una mona sobre su gran yegua blanca.

El guardabosques había encontrado precisamente al juez de instrucción señor Putoin en el momento en que éste montaba á caballo para dar su paseo cotidiano.

(Se continuará.)



BOCA NEGRA



POTOCO



BOMBITA